

CANTO A LA VIDA

Para cantar la vida pienso que es lo mejor
empezar por cantar a su divino autor.

De modo que estos versos, agrupados de a dos,
principian, como cuadra, dando gracias a Dios.

Al Dios omnipotente, creador insoslayable
de todo cuanto existe, conocido o probable.

Que actuó en forma directa o acaso, así lo admito,
disimulando un poco su poder infinito.

Mediante evoluciones que exigen poseer
una fe inquebrantable para poderlas creer.

Por tanto le agradezco a Dios omnipotente
conferir la existencia a todo lo existente.

Le agradezco los mundos del cosmos sideral,
dispersados o no por el *¡bang!* inicial.

Agradezco el pequeño sistema planetario
que funciona en un átomo corriente y ordinario.

De nardos y jazmines agradezco el aroma,
agradezco el portento de cada cromosoma.

Agradezco del hielo sus cristales perfectos
y el variado universo que forman los insectos.

Agradezco el instinto del animal salvaje
y las gamas de verde que combina un follaje.

Agradezco el juncal que vela una laguna
y el caudal de mercurio que derrama la luna.

Agradezco de un bosque su lejano confín
y la curva que traza el salto de un delfín.

El armonioso porte que exhiben las coníferas
y el tesoro que ocultan las arenas auríferas.

Los anillos concéntricos que a su modo y manera
declaran en los leños la edad de la madera.

Los ciclos sucesivos de las cuatro estaciones
y el fuego hospitalario que brilla en los fogones.

La orientación atávica impresa en la memoria
del ave que repite su gira migratoria.

Y es hora que lo diga, le canto especialmente
a la vida encarnada en el hombre y la gente.

Al misterio entrañable de la fecundidad,
que parte desde el tiempo hacia la eternidad.

Pues la vida, iniciada cuando la concepción,
prosigue en otra vida de gloria o perdición.

Por lo tanto la muerte no es un punto final
sino una encrucijada necesaria y fatal.

Un nexo entre dos planos, el paso inevitable
que conduce al abismo o al edén deleitable.

Y como es conveniente cultivar la esperanza
recuerdo aquí que el justo la salvación alcanza.

(Después de examinar a mi propia conciencia,
proseguiré cantando a la humana existencia).

Cantemos al esfuerzo, cantemos al amor,
cantemos al perdido sentido del humor.

Al modesto coraje que requiere el momento
de salir cada día a ganarse el sustento.

A las buenas maneras, cuyo suave ejercicio
transforma nuestro entorno en ámbito propicio.

Al debido respeto que merece la edad
y a la sana costumbre de decir la verdad.

Al triunfo que se obtiene pagando un alto costo
y al espíritu clásico que se enciende en el mosto.

Al gesto poco usual de aceptar la derrota
y al empeño que implica seguir siendo patriota.

A la noble fatiga que experimenta el músculo
y a la melancolía que ocasiona el crepúsculo.

Le canto a quienes fundan familias numerosas
porque demuestran ser personas generosas.

Capaces de poblar con hijos este suelo,
confiados en sus fuerzas y en la ayuda del cielo.

Lo cual no significa que deje de cantar
a quienes no pudieron llegar a procrear.

Ni a los que se abstuvieron de tener descendencia
para servir a Dios con mayor diligencia.

También a los que educan los vástagos ajenos,
templando su carácter para que salgan buenos.

Le canto al gobernante que manda con acierto,
le canto al timonel que conduce a buen puerto.

Le canto al magistrado que juzga rectamente
y a los sanos prejuicios de la gente decente.

Le canto al inmigrante que acaricia un proyecto
y al hijo de la tierra prudente y circunspecto.

A la ciudad inmensa, de idiosincrasia extraña,
y al ejido apacible del pueblo de campaña.

Le canto a los ganados que pueblan la llanura
y al círculo que un cóndor difumina en la altura.

Al trigal y al viñedo, al ombú y la glicina,
al taller, a la fábrica, al aula y la oficina.

Al metro y la retórica, la ciencia matemática,
la música sinfónica y la actuación dramática.

La estrategia y la táctica, el orden cronológico,
la olvidada gramática y el estudio teológico.

Le canto a los tres reinos, incluido el mineral
que le presta a los otros contorno y pedestal.

Le canto a la borrasca y le canto a la calma,
le canto al equilibrio entre el cuerpo y el alma.

Y debo terminar, por haber alcanzado
el número de versos en el que había pensado.

De modo que concluyo, lograda esa medida,
dando gracias a Dios, de nuevo, por la vida.

julio del 2004

